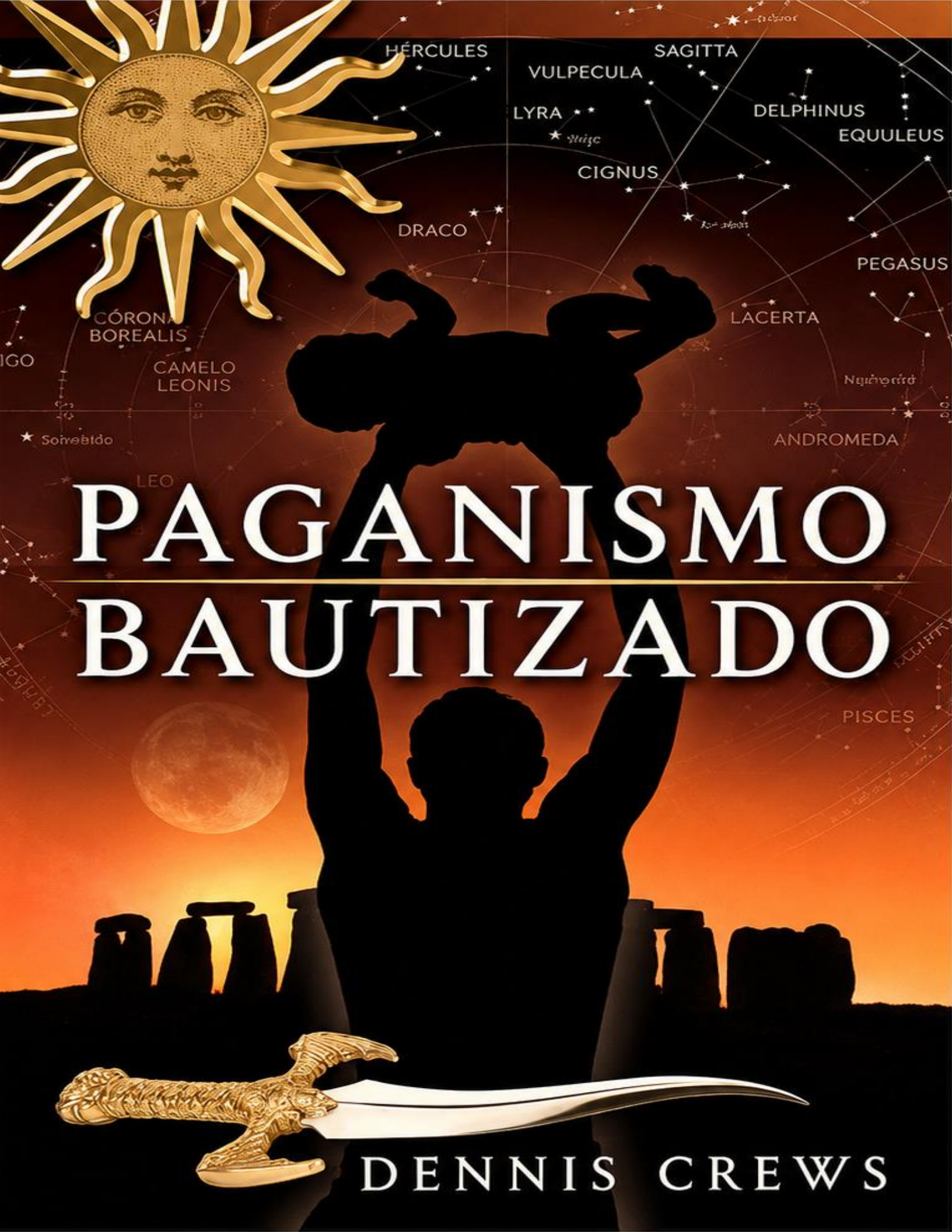


PAGANISMO BAUTIZADO

DENNIS CREWS

PAGANISMO BAUTIZADO

Dennis Crews

Tan nuevo al mundo, tan inconsciente del peligro, el diminuto recién nacido está seguro, acurrucado en la cálida cuna de los brazos de su madre. Sin embargo, ahora percibe una extraña tensión en su cuerpo. Apretadamente, muy apretadamente lo estrecha contra su pecho mientras se acercan a los terrenos sagrados. Nunca ha oído el estruendo de tantas voces ni los sonidos místicos de los cánticos. Los brazos de su madre han comenzado a temblar y gotas de lágrimas mezcladas con sudor humedecen la tela que lo envuelve. Salvajes sonidos de flautas y panderetas comienzan a resonar montaña abajo hasta el valle. El agarre de su madre se debilita y de repente las grandes y fuertes manos de un hombre vestido de blanco lo alzan al aire nocturno y lo depositan en lo alto de una superficie dura y metálica. Inseguro, el bebé gimotea, buscando el consuelo de los brazos de su madre. Sus ojos aún no son lo suficientemente fuertes para enfocarse en la gran cabeza de becerro de bronce que está sobre él. Sus gemidos se convierten en gritos cuando el humo le punza los ojos y las manos esculpidas en bronce que lo sostienen se vuelven insoportablemente calientes. Los gritos de su madre se unen a los suyos pero pronto son ahogados por un retumbar de tambores y el arrastrar rítmico de diez mil pies. De repente es empujado, y se desliza por los brazos inclinados hacia el fuego que arde debajo. Emite un chillido doloroso. Los gritos histéricos de su madre solo se suman a la discordante agudeza de la flauta y las panderetas mientras la danza se vuelve más frenética. Cuando solo el crepitar del fuego y los lamentosos y solitarios gritos de la madre pueden oírse, el sacerdote anuncia que el dios sol está complacido.

A lo largo de la historia, la práctica y los horrores de la adoración al sol han alcanzado cada región del mundo. Los babilonios llamaban al dios sol Shamash; los egipcios, Ra; los asirios, Baal; los cananeos, Moloc; los persas, Mitra; los griegos, Helios; los druidas, Hu; y los romanos, Sol Invictus—el Sol Invicto. La

lista continúa a través de la historia y abarca culturas tan diversas como los hindúes, los japoneses y los aztecas. Llega tan cerca de casa como prácticamente cada tribu indígena de Norteamérica. La mayoría de los eruditos rastrean los orígenes de la adoración al sol hasta Babilonia.

Nimrod fundó Babilonia, la primera metrópolis, poco después del diluvio (Génesis 10:8–10). Había gigantes caminando sobre la tierra en aquellos días, hombres antiguos de renombre del mundo anterior; pero a medida que morían lentamente, la nueva raza parecía notablemente inferior. Nimrod, sin embargo, conservaba todas las características físicas e intelectuales de sus ancestros. Al principio Nimrod era solo un cazador, pero con el paso del tiempo, sus escapadas se convirtieron en material de leyenda entre sus seguidores. Innumerables recitaciones de sus poderosas hazañas elevaron su estatus a proporciones sobrehumanas, y la sociedad en rápida expansión a sus pies finalmente comenzó no solo a honrarlo como su rey, sino también a adorarlo como su dios.

La arrogancia de Nimrod fue en última instancia superada solo por la de su esposa, Semíramis. Notoriamente hermosa y astuta más allá de lo imaginable, ejercía su propio poder con mano de hierro. Como Nimrod, Semíramis fue deificada por el pueblo común. A las mentes supersticiosas de una raza que se había separado de la adoración del único Dios verdadero, Nimrod y Semíramis en su terrible fuerza y belleza fueron exaltados como el sol y la luna en forma humana.

Aunque los relatos históricos de la muerte real de Nimrod son vagos, es cierto que dejó a Semíramis con un gran dominio y un dilema igualmente grande. ¿Cómo iba ella a mantener su control sobre el imperio que él había construido? Había una sola solución, y la persiguió con celo diabólico. El espíritu de Nimrod había ascendido al sol mismo, afirmó. Con una elocuencia impresionante, describió al pueblo su nuevo y elevado papel como su benefactor y protector. Cada mañana se levantaría, trayendo luz y vida a la tierra mientras viajaba por el cielo. Por la noche se sumergiría bajo el borde de la tierra para luchar contra los espíritus malignos y demonios subterráneos que de otro modo se arrastrarían sobre la humanidad y la aniquilarían. A veces, la batalla sería sangrienta, y el

cielo vetado de rojo daría testimonio de la contienda. Cada mañana el pueblo debía depositar sus ofrendas ante el sol naciente y adorarlo como su líder difunto y victorioso protector.

El plan fue muy exitoso. En su aislamiento autoimpuesto de la adoración del Dios vivo, los seguidores de Nimrod también habían renunciado al único vínculo vivo con el conocimiento de sus ancestros. Quedados con nada más que sus sentidos físicos para informarles, aceptaron fácilmente las absurdas fabricaciones de Semíramis. Sin saberlo ellos, se habían convertido en peones en el siniestro plan de Satanás, el archiengañador, mientras este establecía el fundamento común para cada herejía del paganismo.

Se decidió que el primer día de la semana sería de allí en adelante dedicado a la adoración del dios sol, y de igual manera, el resto de los días de la semana serían dedicados a la adoración de los cuerpos celestiales menores. Sorprendentemente, aunque el mitraísmo posteriormente reorganizó el orden de varios, nuestros propios días de la semana hoy retienen los nombres teutónicos de estas mismas deidades planetarias. El primer día de la semana sigue siendo domingo; el lunes conmemora la luna; el martes, el planeta Marte (Tiu); el miércoles, Mercurio (Woden); el jueves, Júpiter (Thor); el viernes, Venus (Frigg o Freya); y el sábado obviamente lleva el nombre de Saturno.

A medida que pasaban las generaciones, los líderes religiosos comenzaron a añadir doctrinas y ceremonias a la adoración al sol. Declararon que si el sol daba vida, debía requerir vida para fortalecerlo en su viaje por el cielo. En respuesta, cientos de miles de hombres, mujeres y niños fueron sacrificados al dios sol. De tal adoración, Dios declaró por medio de Moisés: «Toda abominación a Jehová, que él aborrece, han hecho a sus dioses; pues aun a sus hijos y a sus hijas quemaban en el fuego a sus dioses» (Deuteronomio 12:31). Engañado por líderes que servían a sus propios intereses y sin conocer otra religión que la suya, el pueblo se adhería ciegamente a las doctrinas de demonios.

Una primavera no muchos años después de la muerte de Nimrod, se descubrió que la voluptuosa Semíramis estaba encinta. Reuniendo a los escribas

de Babilonia, emitió un comunicado de prensa de lo más notable. Nimrod la había dejado encinta, afirmó, a través de los vivos rayos del sol. Como descendencia del dios sol, el niño esperado reclamaría para sí mismo la deidad, y por poder, ella, Semíramis, sería de allí en adelante la "madre de dios". Tal blasfemia parece transparente en nuestros días, pero para una nación que se había apartado del Dios vivo, lo absurdo se volvió en algo común. La superstición de las masas era terreno fértil para los esquemas engañosos de Satanás—como malezas nocivas, florecieron.

El 25 de diciembre nació Tamuz, el hijo del dios sol. Su nacimiento fue aclamado como un gran milagro.

Al caer como lo hizo durante los días que lentamente se alargaban inmediatamente después del solsticio de invierno, también fue visto como un presagio del renacimiento del sol y fue anunciado con un regocijo tumultuoso. El 25 de diciembre fue observado de allí en adelante como el cumpleaños del hijo del dios sol, y se convirtió en un día de fiesta anual en todo el reino.

Como su supuesto padre Nimrod, se reputaba que Tamuz había sido un gran cazador. Quizás su mayor conquista de todas, sin embargo, fue su unión mítica con Ishtar, la diosa madre que encarnaba todas las energías reproductivas de la naturaleza. También considerada de diversas maneras como la diosa de la luna y la reina del cielo, Ishtar era la deidad femenina principal de los asirios. Esta misma diosa, con ciertas variaciones, puede identificarse en otras culturas como Ashtoreth (fenicia), Astarté (griega y romana), Eostre (teutónica) y Eastre (sajona). Su contraparte en Egipto era Isis, esposa y hermana de Osiris y madre de Horus. Los conejos y los huevos eran ambos símbolos de vida y fecundidad que tempranamente llegaron a identificarse con Ishtar. La celebración anual en su honor tenía lugar alrededor de la primera luna llena después del equinoccio de primavera, cuando toda la naturaleza parecía rebosar de vitalidad reproductiva.

Desafortunadamente, el joven Tamuz (también conocido como Adonis, que significa "señor", en la mitología clásica) encontró una muerte prematura a causa del colmillo de un jabalí salvaje. Aquí la leyenda supera por completo a la

historia. Algunos relatos dicen que después de tres días Tamuz se resucitó milagrosamente; otros dicen que la afligida Ishtar viajó lejos hasta el inframundo para encontrarlo. Después de muchos días lo logró, pero durante su ausencia la pasión del amor dejó de operar y toda la vida en la tierra languideció en el duelo. Según todos los relatos, cuando terminó el lamento, Tamuz quedó firmemente establecido como el nuevo dios del sol, y su renombre eventualmente superó incluso al de Nimrod.

Cada año, tras la trágica muerte de Tamuz y su presunta ascensión al sol, los cuarenta días anteriores al festival de Ishtar se reservaban para el ayuno y la autoaflicción, a fin de conmemorar su sufrimiento y muerte. (Fue esta práctica, "el llanto por Tamuz", la que Dios llamó abominación en Ezequiel 8:13, 14.) Al final de este período de duelo, el pueblo se despertaba temprano el primer día de la semana y viajaba a las colinas más altas cerca de sus hogares. Allí presentaban sus ofrendas de vino, carne e incienso y se postraban ante el sol naciente, exclamando: "¡Nuestro señor ha resucitado!" Entonces comenzaban las festividades de Ishtar, reina del cielo y diosa de la fertilidad. En preparación para esta alta celebración, el pueblo hacía pequeños panes, inscribiéndolos con una cruz (un símbolo pagano de fertilidad), para hornearlos al sol y comerlos como parte de su ritual. El día concluía en una orgiástica juerga de la más degradante especie, y a menudo incluía sacrificios humanos.

La práctica de estas antiguas perversiones estaba tan extendida que incluso la nación de Israel, un pueblo santificado por la adoración del único Dios verdadero, no escapó a su funesta influencia. Siempre transigiendo con sus vecinos paganos, los judíos permitieron que su propia adoración pura fuera adulterada con una costumbre pagana tras otra hasta que, por fin, quedó casi totalmente corrompida. En Jeremías 7:17–19, el profeta reveló el claro disgusto de Dios ante la idolatría de Su pueblo. «¿No ves lo que hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén? Los hijos recogen la leña, y los padres encienden el fuego, y las mujeres amasan la masa, para hacer tortas a la reina del cielo y para hacer ofrendas líquidas a otros dioses, para provocarme a ira. ¿Me

provocarán ellos a ira? dice el Señor. ¿No obran más bien contra sí mismos, para confusión de sus propios rostros?»

En efecto, la confusión fue el resultado inevitable de cada transigencia del pueblo de Dios con las costumbres del mundo no santificado. Y la confusión fue el legado dejado a las generaciones que vinieron después.

Puede resultar inquietante saber que prácticamente cada festividad religiosa que hoy se observa en toda la cristiandad se originó en el paganismo, muchos cientos de años antes de Cristo, pero la historia antigua lo prueba sin lugar a dudas. El cumpleaños del hijo del sol, Tamuz, se convirtió en el supuesto cumpleaños del niño Cristo. La temporada de duelo por Tamuz se convirtió en la Cuaresma, y la leyenda de la resurrección de Tamuz convenientemente perduró como la historia de la resurrección de Cristo. Las tortas a la reina del cielo se convirtieron en los bollos de Pascua, y los vergonzosos ritos de fertilidad de Ishtar evolucionaron hasta convertirse en la celebración de la Pascua. (Incidentalmente, la Pascua sigue siendo una fiesta móvil que encuentra su fecha cada año a partir de los ciclos de la luna. Siempre se celebra el primer domingo después de la primera luna llena que sigue al equinoccio de primavera.)

Incluso los días sagrados paganos menores, o "días festivos", fueron absorbidos por la cultura cristiana. Durante el otoño, la estación de la decadencia, se creía que los espíritus de los muertos rondaban cerca. Si no se oraba por ellos y no se les proporcionaba alimento y abrigo adecuados, el pueblo temía que se quedarían y los perseguirían con desgracias. En otras palabras, truco o trato. Hoy nos queda el Día de Todos los Difuntos; la víspera se llama Víspera de Todos los Santos, o más comúnmente conocida como Halloween.

El Día de San Valentín es lo que queda de las Lupercalia, un antiguo rito de purificación de la primavera temprana en el que los sacerdotes corrían por las calles con látigos hechos de tiras de piel de cabra. Con estos látigos, golpeaban a las mujeres, asegurándoles la fertilidad para el año venidero. El emparejamiento entre los jóvenes ocurría más tarde en el día mediante la selección aleatoria de nombres. Los látigos de piel de cabra evolucionaron hasta convertirse en las

pequeñas flechas disparadas por Cupido, y el emparejamiento hoy ocurre mediante el intercambio más deliberado de tarjetas de San Valentín.

Muchos otros ejemplos podrían darse, pero nuestra cultura religiosa y secular actual está plagada de tradiciones paganas, grandes y pequeñas. ¿Cómo sucedió? Después de todo, somos una nación cristiana en una era ilustrada, ¿no es así?

La primera pregunta es probablemente más fácil de responder que la segunda. La vida era difícil en el mejor de los casos durante los primeros años de la iglesia cristiana. El mundo pagano era despiadado y poderoso, y buscaba eliminar a la pequeña secta de adoradores que reverenciaban a Jesucristo como su Señor y Salvador. Pero la sangre de los mártires resultó ser la semilla de la iglesia, y con el paso del tiempo se hizo evidente que el cristianismo prevalecería.

Cuando Satanás fracasó en destruir la iglesia por la violencia, recurrió a una nueva estrategia: se uniría él mismo a la iglesia y la corrompería desde dentro. Esto resultó ser un plan mucho más exitoso. Para el siglo IV d.C., el Imperio Romano había investido a la creciente iglesia con su propia riqueza y un gran grado de poder político, pensando en extender su propio dominio. Desafortunadamente para el mundo, esta mezcla de poder religioso y temporal fue una combinación embriagadora que cambió para siempre a quienes la probaron. Ya no siendo el manso e inofensivo cuerpo de Cristo, la iglesia devoró la mano que la alimentaba, y en el año 538 d.C., el emperador Justiniano decretó que la Iglesia Romana gobernaba ahora el mundo. De allí en adelante, su reinado sería conocido como el "Sacro Imperio Romano".

El mundo se tambaleó bajo la opresión de la Iglesia Romana durante los oscuros siglos que siguieron. En su sed de poder y dominación cada vez mayores, absorbió todas las demás religiones dentro de sí misma y adulteró la doctrina pura de Cristo con una amalgama de supersticiones y herejías.

Esta característica misma era típica de todas las naciones paganas, que mediante la conquista añadían perpetuamente a su lista de deidades. Dice Durant en *The Story of Civilization*: "Había dioses que presidían cada momento de la vida de un hombre, dioses de la casa y el jardín, de la comida y la bebida, de la

salud y la enfermedad." La Iglesia Romana reunió a estos dioses en su seno y les dio nombres de santos. Las oraciones por los muertos, en lugar de ascender a Cibeles, eran ahora ofrecidas a la Virgen María. Se preservó el uso de ídolos y amuletos, al igual que las ofrendas de apaciguamiento (penitencia e indulgencias). Se creía que los reyes paganos eran encarnaciones del dios sol, y la Iglesia Romana tuvo su contraparte en el papa como el Vicario de Cristo.

Los primeros cristianos habían negado toda transigencia con la falsa doctrina y habían sufrido gustosamente horribles martirios por negarse incluso a colocar una pizca de incienso a los pies de los altares paganos. Sin embargo, en apenas unas pocas generaciones de tiempo, un velo de oscuridad moral envolvió a la iglesia. Siempre ansiosa por asimilar y conquistar, integró prácticamente cada rasgo de la adoración al sol en sus propios ritos. Para mortificar a los judíos, a quienes odiaban, y para acomodar a las legiones de adoradores del sol que entraban en la "fe" mediante la conquista, los líderes de la iglesia muy tempranamente se atrevieron a transferir la santidad del sábado al primer día de la semana. El domingo fue proclamado día festivo en honor a la resurrección de Jesús, una astuta perversión que eventualmente trajo escarnio sobre la gran ley moral de Dios, los Diez Mandamientos. Con el tiempo, este golpe maestro también eliminó eficazmente la adoración de Dios como el Creador literal del universo, lo que a su vez preparó un amplio camino para la aparición de la filosofía evolutiva siglos más tarde.

Hoy la evolución es solo la punta de un enorme iceberg de muchas cabezas. Desde las palabras que usamos hasta la forma en que vestimos nuestra ropa, nuestra cultura está profundamente empapada de tradiciones paganas. Despojadas de su significado original, sin embargo, muchas de estas costumbres parecen ser relativamente inofensivas y algunas, actualizadas con sus atavíos cristianos, parecen realmente saludables. Pero ¿cómo debería relacionarse el cristiano de hoy con la Navidad, o la Pascua, o la observancia del domingo? No muchas personas están al tanto de la historia de estas cosas, así que ¿deberíamos siquiera preocuparnos?

Estas preguntas son razonables, y merecen una consideración reflexiva. El mejor lugar para comenzar a buscar respuestas es en la Biblia misma. Dios mandó estrictamente a Israel, diciendo: «Guárdate de no preguntar acerca de sus dioses, diciendo: ¿Cómo servían estas naciones a sus dioses, para que yo también haga lo mismo? No harás así al Señor tu Dios» (Deuteronomio 12:30, 31).

¿Por qué fueron tan fuertes las palabras de Dios? Porque Él era completamente diferente de las deidades paganas, a quienes el pueblo consideraba caprichosas y necesitadas de continuo apaciguamiento. Dios mismo era justo, amoroso y, sobre todo, santo. Requería un tipo de adoración diferente y superior, basado en una relación santa con Su pueblo. Las mismas formas de adoración al sol y de idolatría impedían cualquier tipo de relación entre Dios y Su pueblo, y degradaban sus concepciones de Él. Además, estas formas abarcaban las prácticas más degradantes, incluidos los sacrificios humanos.

Debemos preguntarnos entonces: ¿hay algo de malo en conmemorar el nacimiento y la resurrección de Jesús? Por supuesto que no. Estos acontecimientos están llenos de un profundo significado para todo verdadero cristiano. El único problema es que ni la Biblia ni la historia nos han conservado las fechas de estos acontecimientos. En consecuencia, no existe ningún mandato bíblico de observarlos en un día particular del año. Dios, en Su sabiduría, nos dejó en libertad de recordarlos cualquier día y todos los días del año, incluidos el 25 de diciembre y el Domingo de Pascua.

Llegados a este punto, debería ser evidente que el Cielo no concede ninguna importancia religiosa a la Navidad ni a la Pascua. La selección de estos días se basó únicamente en consideraciones paganas; los hombres idearon después los medios para incorporarlos a la religión cristiana. Es imposible simplemente ignorar las festividades que se han convertido en un elemento tan básico de nuestra propia cultura, pero no deberíamos investirlas con una sacralidad que no merecen. Al menos podemos estar agradecidos de que estos días no pretenden desplazar ni anular ninguna parte de la santa ley de Dios.

Pero ahora, ¿qué hay de la observancia del domingo? ¿No es acaso una conmemoración legítima de la resurrección de Cristo? Ah, aquí es adonde nos ha estado conduciendo todo el tiempo el complot de Satanás. La observancia del domingo es el zorro que se deslizó en el gallinero junto con las palomas. Puede que las palomas no sean gallinas de verdad, pero es el zorro el que destruirá a toda la nidada si se queda.

¿Qué significa esto en el mundo? En Romanos 6, la Biblia nos da el símbolo de la muerte y resurrección de Cristo para el cristiano, y no es la observancia del domingo. Es el bautismo y un subsiguiente «andar en novedad de vida» (Romanos 6:4). Pero lo más importante es que la observancia del domingo es el único vestigio de paganismo que se coloca en directa oposición a la autoridad de Dios. No se nos ha dicho meramente que elijamos un día de cada siete para adorar. Más bien, se nos dice que Dios bendijo específicamente el séptimo día y lo santificó, un hecho que no nos atrevemos a desestimar.

El sábado es un memorial sagrado del poder creador que distingue a Dios de todas las falsas deidades. Dios siempre ha exigido a Su pueblo que establezca una diferencia entre lo sagrado y lo profano, entre lo santo y lo común. Satanás ha procurado incesantemente difuminar esta distinción. Su objetivo final es hacer que el pecado parezca justo y que la justicia parezca profana. ¿Lo ha logrado? Observe el cristianismo moderno y decídalo usted mismo.

En ninguna parte de las Escrituras se menciona la transferencia de la santidad del sábado a otro día. En ninguna parte el evangelio de Cristo anula porción alguna de la ley de Dios, aunque las puertas del infierno hayan rugido contra ella. Solo ocultando el cambio dentro de una masa de ritual pagano y "bautizando" todo el conjunto logró Satanás que el mundo cristiano entero quebrantara la santa ley de Dios mientras pensaba honrarlo. El Dr. Edward T. Hiscox, autor de *The Baptist Manual*, hizo esta sincera admisión ante un grupo de ministros:

> *Hubo y hay un mandamiento de santificar el día de reposo, pero ese día de reposo no era el domingo. Deseando sinceramente información sobre este tema, que he estudiado durante muchos años, pregunto: ¿dónde puede*

encontrarse el registro de tal transacción [cambio del sábado]? No en el Nuevo Testamento, absolutamente no. No hay evidencia escritural del cambio de la institución del sábado del séptimo al primer día de la semana. Por supuesto, sé muy bien que el domingo sí llegó a usarse en la historia cristiana primitiva.

> ¡Pero qué lástima que venga marcado con la marca del paganismo y bautizado con el nombre del dios sol, cuando fue adoptado y sancionado por la apostasía papal y legado como herencia sagrada al protestantismo! (En un documento leído ante una Conferencia de Ministros de Nueva York, 13 de noviembre de 1893.)

Hay una serpiente escondida en el fardo de coloridas costumbres que nos han sido entregadas desde el paganismo. Satanás sabe bien que el pecado es lo único que puede separarnos de las alegrías de la eternidad con Cristo, y por eso ha tendido su trampa. ¿Seremos atrapados en la red de nuestro adversario? ¿O será nuestra oración, como la de David: «Dame entendimiento y guardaré tu ley; sí, la observaré con todo mi corazón. Hazme andar por el camino de tus mandamientos, porque en él me deleito» (Salmos 119:34, 35)?